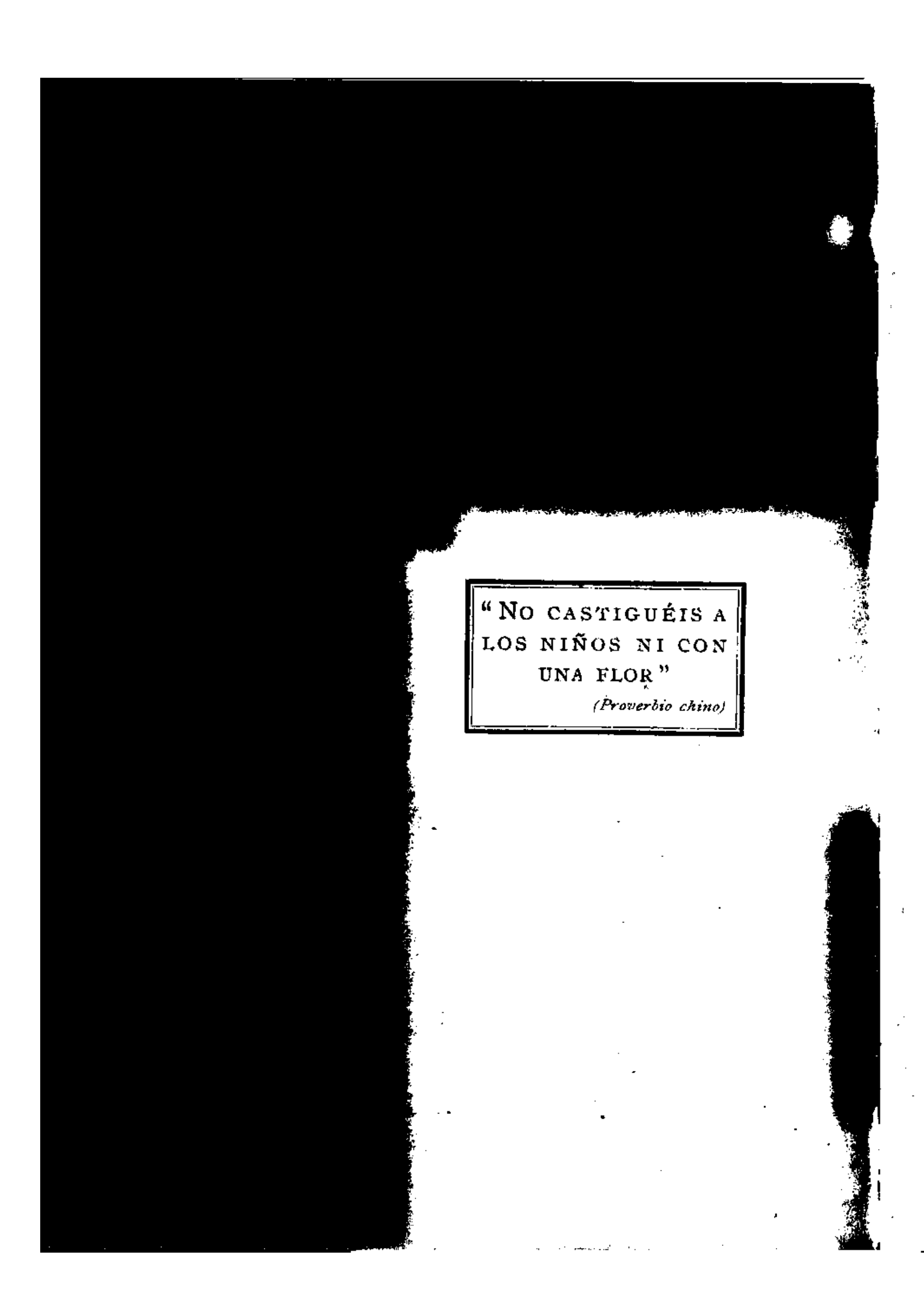
LA ESCUELA LIBRE

E. ROOVÉ



Ediciones de IDEAS — Abril de 1927



Vuelta a clase

Triste es el retorno de los niños, y debiera ser un profundo poema de alegría. Por regla general, las vacaciones llegan a su término y la libertad del niño queda trunca.

¿Qué son las vacaciones para los niños? Un recreo continuado de tres meses. No hay maestros que le exijan, deberes forzosos y lecciones inútiles, a riesgo de penitencias.

El niño en vacaciones corretea por donde le place, grita y hasta exagera su voluntad después de larga continencia. El suburbio contradictorio, la gran urbe viciada, son campo de acción de sus impulsos, y el onanismo, el rateo, la perversidad, sus resultados negativos. Para el niño indigente, la calle es continuación del hogar, que le ofrece la sociedad al desnudo, con sus lacras de odio y sus ejemplos vivientes de desigualdad. Los padres, a su vez explotados del régimen, esperan la reapertura escolar, porque, según su egoísmo "le quitarán un estorbo de encima". Los maestros oficiales, que hacen de la escuela una función odiosa, vacían su bilis de autómatas sobre el alma de los pequeños. Todo conspira contra el niño: el hogar, la calle y la escuela. Decirle al niño "vuelta a clase", es como decir "vuelta al taller o la fá-

El hogar

Y que esa prédica comience en el seno del hogar, no con palabras, sino con ejemplos. Cuna del egoísmo, el círculo limitado del hogar contagia a la sociedad entera. ¿Será acaso inútil decirle a una madre: tu hijo no te pertenece, sino al mundo? Las madres de hoy no están educadas para serlo. No comprenden la maldad que oculta el exclusivismo hacia el ser de sus entrañas, egoísmo materno que conduce a la privación de libertad, preso en los lazos del cariño. Si las madres comprendieran "que tener hijos significa renunciar, no poseer; y que nuestros hijos no están hechos para nosotros, sino para el mundo" (Llotzky), una vida nueva surgiría ante nuestros ojos.

¿Por qué hemos de ser solamente hermanos con los seres nacidos de nuestra misma madre, y no también de todos aquellos que tengan afectos como los nuestros, sentimientos idénticos, vida igual en fin? La vida no se circunscribe ni tiene preferencias. Son los humanos quienes tuercen el rumbo de la vida. ¿Sabéis por qué razona bien el criterio nieztcheano, cuando asegura que todo hijo, al correr de los años, es un enemigo del padre? Porque éste le priva de la libertad que la vida no niega. Y en ese afán natural de vi-

vir, para conocer el mundo, gozar de sus encantos y destruir sus vicios, el niño llega a joven, y por lo primero que se rebela es contra la absorción del hogar, contra la inutilidad de la escuela, contra la injusticia social finalmente. Si no llega a rebelarse, será una vida más que se une al gran rebaño de sumisos, al gran ejército de esclavos.

Es la impotencia y la sumisión que vimos germinar en el ser pequeño, y que el hogar y la escuela no supieron ni quisieron anular.

—"Yo no lo sé hacer... No puedo hacerlo"... —lloriquea el niño. Un padre inflexible le dirá:

"—Te exijo que lo hagas. Si no lo haces, te castigaré." La madre, sensible y débil, quizás por contraste con la autoridad paterna, exclamará a su vez: "—No lo retes así. ¿No ves que el "pobrecito" no lo puede hacer?" Y he aquí lo que más o menos diría un padre consciente, una madre de verdad, un educador libre: "—Conozco lo que sabes y lo que puedes hacer. Mientras jugabas, hacías cosas más difíciles. Si esto no es para tí un juego, déjalo. Pero cuando tengas deseos de hacerlo ¿por qué no tratas de probar si lo sabes, y con un poquito de voluntad lo realizas?" La persuasión, la palabra afectuosa, habrán surtido efecto, despertando la iniciativa de acción.

La educación que los hombres reciben cuando son niños, es la que perdura a través de los años. Y esa educación corresponde a la madre en el hogar. El gran educador Ferrer decía: "ese sedimento primario dado por nuestras madres, es tan tenaz, tan duradero, se convierte de tal modo en médula de nuestro ser, que energías fuertes, caracteres poderosamente reactivos que han rectificado sinceramente de pensamiento

y de voluntad, cuando penetran de vez en cuando en el recinto del yo para hacer el inventario de sus ideas, topan continuamente con la mortificante substancia de jesuíta que les comunicara la madre." No nos asombre, entonces, si hombres revolucionarios, al volverse viejos, recuperan esa forma de misticismos raros, la enseñanza religiosa de su niñez. Hubo quienes negaron a Dios, y en el momento del delirio agónico solicitaron la extremaunción: resabio inconsciente del niño que rezaba en los colegios de frailes.

¡Ved si tiene importancia la niñez, oh madres! Tenéis una planta tierna a vuestro solícito cuidado. Os diría mejor: cuando nace vuestro hijo, es como si el presente fecundara el porvenir. No lo encerréis en vuestro hogar; es decir que, orientado por vuestro amor sin egoismos, marchará por el camino de la libertad, como viviente imagen de la humanidad libre de rencores.

Habéis procreado, no para dar esclavos al régimen, sino hombres y mujeres libres al mundo. Multiplicad, si es con ese fin. La patria os pide que aumentéis la población, para levantar con el trabajo de las nuevas generaciones, la riqueza de los poderosos. Os lo pide también para asegurar sus guerras fraticidas. Tenéis un deber delante vuestro: absteneros de procrear, o procrear en mayor grado para ser educadoras libres de vuestros hijos. Recordad que la madre es el mejor maestro. Encadenada por la religión, tan en demasía como el hombre por el Estado (y ambos se relacionan hasta confundirse), la mujer perpetúa su encadenamiento en la mente del niño. Nosotros queremos que la mujer se liberte, porque ella es la creadora de la especie, como fin de su existencia. El mejoramiento individual y colectivo, limitado en el hogar, no se cumple. Hijos de todos, de la humanidad entera, así serán los niños en la sociedad libre del futuro.

Ciencia y conciencia

Al frente de cada escuela del régimen, debiera colocarse un cartel llamativo que dijera: "aquí hace falta menos bulla pedagógica, y más amor a los niños". Sólo así se salvaría la escuela.

Despertando la vocación infantil, no por intermedio de cientifismos (a modo de leyes seguras cuando todo es hipótesis), sino creando a su alrededor una **atmósfera de voluntad,** la escuela formaría elementos de conciencia. Al hallar nuestra vocación, nos volvemos activos; y una actividad que es producida por un deseo natural despierta la observación razonada, la comparación objetiva que nos hace comprender. El poderoso influjo de la imaginación sobre la mente del niño, pasa a ser un factor casi inútil si no tiene una base de realidad. La observación origina asombros, sugiere dudas. Entonces, la curiosidad del niño se convierte en investigación de la verdad, su boca se vuelve nido de preguntas. La imaginación trabaja. Nunca respondamos aseverando a una ansiedad infantil. Más racional es sugerir, hacer pensar, dando siempre

motivo a nuevas preguntas. La duda forma la inteligencia. No importa que el niño se desligue poco a poco de nuestros juicios y forme los suyos. Nosotros no interesamos: él interesa. Seamos, sí, y a plena acción, guía de la esperanza. Si el niño llega poco a poco a prescindir de las preguntas y comienza a pensar por sí mismo, ya hemos obtenido un paso enorme en su favor. Con el estímulo de pensar avívase la renovación de impresiones y la vocación se crea. ¿Qué vocación puede acrecentar la enseñanza actual, centralizada en un Consejo de Educación, con normas y preceptos fijos para todo el magisterio, que los cumplirá a ciegas con sus alumnos, sin distinción de aptitudes, extraño a la psicología compleja de la infancia? Distinto proceder de los grandes maestros, que creían que la educación debe estar en manos de todos, sin sistemas ni centralizaciones. En todos ellos había una conciencia de educador. No eran sabios, pero amaban a los niños. Pestalozzi desconocía elementos de ciencia primaria, que fué aprendiendo mientras ejercía su noble apostolado. Vivió una larga experiencia entre la infancia antes de escribir sus humanitarios libros, rutas de la nueva enseñanza. Tolstoy realizó su Yasnaia Poliana, para relatarnos más tarde sus emocionantes escenas de "orden libre". Ferrer mismo, en su Escuela Moderna y Racional, no fué nunca un pedagogo. Tagore, perdido en la selva, en su aversión a la civilización occidental, es un viejo niño entre los pequeños.

Los maestros de la actualidad, hijos mentales de una ciencia fría, no comprenden que el niño es calor de sentimiento, y a ellos les falta ternura para darles calor. Los padres de la actualidad entregan al Estado

sus tiernas criaturas, y se las devuelven cambiadas, listas para el egoísmo social. Hay quienes se parecen a Rousseau que, como padre, entregó sus hijos a la inclusa, por no dejarlos en manos de su ignorante compañera de hogar. ¡Y pensar que Rousseau escribió "Emilio", un hermoso libro sobre enseñanza!

Un educador que no ame la libertad, que sea conservador de las costumbres actuales (y así lo son en su mayoría, profesionales de la educación), es tan criminal como un juez que dicta sentencia entre cuatro paredes del juzgado. En las aulas estrechas de la escuela actual hay reos que permanecen sentados horas y horas, con un corto intervalo de recreos. No se les lee códigos de "justicia", pero se les hace escuchar fórmulas vacías, cientifismos hueros. En cada reo hay un algo que muere: la conciencia. Y hay un criminal que es juez del porvenir: el maestro.

El estímulo solidario

Entremos ahora a una escuela libre, o si queréis, escuela de la voluntad. Allí todo niño realiza el trabajo que desea efectuar. Nada se impone. Es una sociedad pequeña donde la ley no existe. Cada momento es una predisposición distinta. Como el trabajo es voluntario, la iniciativa fructifica, todos están ocupados en su labor: quien escribe, quien dibuja, quien cuenta lo que imagina o relata lo que vió con el apoyo mutuo del maestro y de sus compañeritos, los niños retardados se abren también camino. Es que el ambiente libre favorece. El descanso es allí voluntario como el trabajo, y se siente así mayor estímulo porque se hace a gusto. Lo que el Estado cumple a medias, con bombo y platillo, tan sólo quince días al año para turnos de contingentes infantiles, en sus escasas colonias de vacaciones, la Escuela Libre lo efectúa durante todo el año, con integridad, preocupándose no únicamente de la salud decaída, sino del sentimiento sin florecer. Si el Estado comprueba el gran beneficio de quince días al aire puro, y en libertad todavía incompleta, ¡cómo no ha de ser eficacísima la escuela voluntaria como orientación constante!

No creáis, padres ingenuos, que el trabajo volunta-

rio engendre la pereza. Eso ocurre en los talleres y fábricas, y en las escuelas burguesas, donde contrariamente al dicho vulgar, el ojo del amo no engorda al caballo, sino al mismo amo.

¿Hay algo más cruento que una escuela regimentada? Un ejemplo sobra: se dicta un aclase de aritmética, y Tito tiene ganas de pintar figuras. ¿Por qué no orientar ese afán, como estímulo de vocación? ¿Y si dijéramos que trazando figuras, se le puede enseñar a Tito nociones de aritmética? ¿Acaso el estudio no se relaciona, y cada materia es el apoyo mutuo de las demás ramas del conocimiento? ¿Y todo el estudio para qué sirve, si no es la conjunción necesaria del sentimiento fortificado en la solidaridad? Complemento de que adolecen las escuelas norteamericanas, aún de orientación libre. Absorbidas por la industrialización, responden a la necesidad del país, y aunque funcionen independientemente del Estado como especies de comunidades, su objetivo es hacer de los alumnos "ciudadanos prósperos e independientes", en el sentido democrático. Los "kindergarten" ingleses (jardines de infantes) padecen de moralidad sajona. Son escuelas "serias". No son en realidad jardines. Un jardín florece pétalos de alegría. Los "kindergarten" dan flores de papel: máximas y reglas de urbanidad social, educación democrática, disciplinas mentales. Les falta el polen fecundador de libres sentimientos. Mal llamados jardines, que prefieren la inteligencia como riel del progreso económico, a la esencia pura del hombre, que es su corazón.

La escuela libre dice: inteligencia y corazón, nunca desunidos. La inteligencia sola, está en aquel sabio encerrado día y noche en su laboratorio para dar forma

a un invento destructor de semejantes, propulsor de guerras: cañón potente o gas mortífero. El sentimiento sólo, está en aquel soñador que, entregado a su arte o su credo, arrastra en la alfombra del éxito venal la sumisión de sus conceptos pobres. Corazón e inteligencia están en el hombre de idea superior, fuerte por su amor a la humanidad, que defiende la solidaridad entre todos los seres. Por eso, la escuela libre agrega: iniciativa en todo. Brindemos al niño la lección diaria del esfuerzo propio, para que aprenda a producir por sus fuerzas. Alejemos de su voluntad el egoísmo para que produzca en bien de todos. El trabajo como estímulo: cultivando la tierra que le ofrece una idea simple de globo y espacio, y aprendiendo botánica; construyendo algo útil, y al mismo tiempo cultivando su cerebro en la capacidad científica, en la imaginación artística, la unidad del trabajo intelectual y manual a que se refiere Kropotkin. Para él, la ciencia abarca artes y oficios. Enemigo de la división del trabajo en economía política, debía serlo también en la enseñanza. Y como todo hombre libre debe ser un productor útil a la comunidad, a la vez intelectual y manual, la escuela debe tender hacia ese fin.

Para que la escuela llegue directamente al pueblo, hagamos antes que llegue a interesarle. El niño es un hijito del pueblo. Mañana será un esclavo del capitalismo. ¿Cómo no odiar a la escuela actual si perpetúa la iniquidad? El pueblo no confía en la escuela. Envía a sus hijos para que sepan leer y escribir, ya que la vida se lo exige en la lucha por el amargo pan del día. El Estado, si roba el trabajo de los pobres les roba también algo más íntimo, el producto de sus amores: el niño. En la lucha de clases, el obrero combate al

poder que lo esclaviza. En el seno de la escuela está también latente la diferencia de clases. La escuela libre coeduca las clases y los sexos, sin diferencias, y prepara una sola clase humana de productores libres.

Comunidad infantil

En resumen, la escuela libre es una comunidad infantil. La solidaridad, el apoyo mutuo, la iniciativa, orientan la vida en común, y cada niño es un hijo del esfuerzo y de sus obras. Se basta a sí mismo y a los demás.

Formadas las colonias de cincuenta a cien educandos, el día se distribuye de acuerdo a las necesidades y a los deseos que se experimenten. No con esto todo se improvisa. Hay un plan general de acción que orienta la vida en la colonia. Se dictan las clases, en los pequeños talleres, gabinetes de ciencias, salas de aritmética, etc., solamente cuando el estudio lo exige, prefiriendo en otros casos el aire libre, a la sombra de los árboles. El niño no se ve forzado a concurrir, sino que en ciertos momentos se aisla para reconcentrarse en sí mismo y en otros busca la compañía de todos en un amplio fin de sociabilidad. Los momentos se distribuyen en el juego, faz interesantísima de la escuela;

en el teatro, que dramatiza escenas de estudio; en el cinematógrafo, elemento que de supérfluo como es ahora, se convierte en un elemento valioso de enseñanza objetiva y de solaz visual. ¿Diréis que no queda tiempo para lo demás? Como los niños viven en las colonias, o por lo menos allí permanecen la mayor parte del día, el tiempo no falta. Acostumbrados en la escuela estatal a tal hora de historia, tal hora de geometría, a que deben amoldarse los escolares, con un mínimo provecho, nos resistimos por costumbre a creer que, jugando, el niño puede aprender. Sin embargo, los educadores modernos, Esslander, Ferrer, Montessori, convienen en esa verdad. No se trata más que de utilizar la iquietud infantil, esa movilidad y energía a toda hora dispensada a un goce: correr, saltar, observar, comentar; en fin, vivir con alegría y salud de cuerpo y espíritu.

La vida en los gimnasios, en la granja, en la huerta, en los trabajos agrícolas y en los talleres sencillos de la colonia, dan un resultado de voluntad y carácter que harán fuerte al hombre, en el cuidado del "individualismo biológico" que cita la Dra. Montessori.

Asimismo la comunidad infantil, llevada a práctica en la actualidad, tropezará con la dificultad de no tener al niño sino recién a los cuatro años para el período pre-escolar, cuando ya ha terminado su período lactante, de dentición y entra en su primera niñez. Las "escuelas de leche" o "casas del niño", hoy en manos de la beneficencia rica, estarán en manos de los educadores y médicos libres, e iniciarán la obra de la colonia, cuidando a la madre y al niño en un ambiente sano y de alegría fecunda.

Hemos delineado el desarrollo general de una comunidad, sin entrar en mayores detalles, porque aquí interesa el conjunto de voluntad que nos ofrece una vida así practicada por los niños. Los detalles, por ser tan múltiples, varían de forma según el caso. Lejos de una metodología, entramos al contacto con la naturaleza, con quien el niño se compenetra porque recién acaba de surgir de élla. La naturaleza es ejemplar. No se niega a la curiosidad de los niños. La comunidad es a su vez un poderoso aliciente para cada esfuerzo de trabajo infantil. El trabajo se respeta. La escuela lejos de la vida, sin el trabajo creador, no responde a la realidad. Y es hora de que los padres y maestros comprendan que la emancipación social — hombre y mujer — no será posible sin la emancipación del niño. Libres y conscientes desde pequeños, los seres humanos afianzarán en la vida social su estímulo solidario, su conciencia de justicia, en bien del consorcio colectivo; y los pueblos serán células solidarias, imagen grandiosa de las libres comunidades infantiles.

E. Roqué.

